

Universidad Torcuato di Tella

Departamento de Historia

¿Pasión de clase? **Los propietarios de caballos de carrera en el Buenos Aires** **del Centenario**

Alumno: Antonio Freixas

Directora: Francis Korn

Licenciatura en Historia

Firma de la directora:

Junio, 2015

“The best horse wins in spite of pedigree”

George Eliot, *Daniel Deronda*

Resumen:

El centro de este trabajo son los propietarios de los caballos purasangre de carrera que competían en el circuito del turf porteño hacia 1910. Nuestra hipótesis central es que estos formaban un grupo más amplio socialmente que el tradicionalmente señalado por la historiografía. Tomando nombres específicos de nuestra fuente principal, el *Stud Book Argentino*, registro donde se guardan todos los dueños de los caballos activos en el turf de entonces, presentamos el carácter heterogéneo de dicho conjunto. A su vez, nos basamos en los datos del censo nacional de 1895 para trazar el origen social de algunos de nuestros nombres. También consideramos la posibilidad de deducir las características de un propietario a partir de su condición de socio del Jockey Club. Más tarde, examinamos los riesgos de las categorizaciones sociales en el análisis histórico y llegamos a la conclusión de que reducir el grupo estudiado a una clase social o elite es incongruente con la evidencia histórica.

Índice:

Introducción	p.5
Estado de la cuestión	p.8
Capítulo Primero: Los propietarios de caballos	p.14
-¿Una elite?	p.16
-Los <i>turfmen</i>	p.19
-Los socios del Jockey	p.21
-Los que primero cruzaron el disco	p.23
Capítulo Segundo: El concepto de clase social	p.25
Conclusión	p.29
Referencias bibliográficas	p.31

Introducción

El 30 de noviembre de 1952, Branding, un ruano de tres años, daba el batacazo ante las tribunas repletas del Hipódromo de San Isidro, al alcanzar con comodidad el primer puesto del Gran Premio Carlos Pellegrini, relegando a un tercer lugar al amplio favorito en las apuestas, Yatasto, que había arrasado con los clásicos más importantes de la temporada anterior. Aunque desde entonces no figure en la estadística junto a su preciado ejemplar, hoy sabemos que el propietario de Branding se llamaba Garibaldi y era dueño de una sastrería en Quilmes¹. Más de cincuenta años antes, en 1897, sucedía algo similar: Pillito le ganaba al último campeón y se alzaba con el máximo lauro del turf latinoamericano, gesta que repetiría dos años después. Según el censo de 1895, su dueño, Tomás Lyon, era un comerciante español de treinta y dos años sin propiedades².

En un espectáculo regido por los vaivenes del azar, no debe sorprendernos que los dos caballos en cuestión alcanzaran sus triunfos en contra de la expectativa general. Tampoco debe sorprendernos la condición social de sus propietarios. La mirada tradicional que ve al turf porteño de las primeras décadas del siglo XX como un espacio bajo las exclusivas manos de una clase pudiente, recientemente reafirmada en un nuevo trabajo académico³, debe cuanto menos ser discutida. Como desarrollaremos a lo largo del trabajo, la evidencia sobre los dueños de los caballos que competían entonces dista de ofrecer un conjunto homogéneo de personas de origen social similar.

Aunque el foco aquí está puesto en los propietarios, vale hacer una aclaración que guarda fuertes paralelismos con nuestra hipótesis. El correcto funcionar de la actividad turfística no estaba de ningún modo bajo la órbita exclusiva de los dueños de caballos, sino que demandaba la presencia del siguiente listado de componentes esenciales: criadores, entrenadores, jockeys, intermediarios de ventas, concurrentes (apostadores), burocracia del

¹ Debemos esta información al señor Antonio Tassitch; *burrero* muy reconocido en el ámbito y expositor regular sobre temas de historia del turf argentino en la Asociación de Propietarios de Caballos de Carrera.

² Planilla original del censo nacional de 1895; presente al día de la fecha en el siguiente enlace: “Argentina, National Census, 1895”,

<https://familysearch.org/search/collection/1410078>

³ Hora, Roy, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014

stud-book, burocracias de los hipódromos, dueños o concesionarios de los mismos, capataces de stud, vareadores, peones, capataces de haras, personal de haras, veterinarios, herreros, proveedores de alimentos. Descuidar la importancia de cada uno de ellos en el análisis histórico implica obviar las peculiaridades que le brindan a cualquier espectáculo deportivo, en este caso al turf, sus características esenciales.

En el listado anterior se hace evidente la heterogeneidad social intrínseca a la actividad. Reducir incluso la esfera de los propietarios a una minoría elitista guarda poco correlato con la historia. El arco más bien disímil de propietarios que participaban en el turf de la época no tiene arraigo en los rasgos típicos que se señalan de la supuesta elite porteña del Centenario; como pueden ser por ejemplo el contar con amplias sumas de dinero, grandes haciendas, infinidad de generaciones en el suelo patrio, u otras características similares. Ejemplos de costosas compras de ejemplares por parte de renombrados propietarios como Saturnino Unzué⁴, revistieron más bien un carácter excepcional que no hacían necesariamente de toda la actividad un hábito lujoso y restringido a unos pocos afortunados. Incluso, como mostró Francis Korn, el hecho de pertenecer a una institución como el Jockey Club no era una condición que implícitamente significara formar parte de la “elite” de la época, dado el difuso origen social de sus miembros⁵.

Poco tenían que ver los señores Lyon y Garibaldi con un círculo terrateniente. La distancia temporal con la que sus caballos lograron el máximo lauro del turf porteño, uno cuando la actividad comenzaba a asentarse, el segundo hacia el inicio de su decadencia, es más que una simple curiosidad cronológica: muestra que, en todos sus años de esplendor, nunca hubo un círculo social estrecho de personas que pudiese reclamar al turf como propio.

Centrándonos en los años alrededor del Centenario, época en que la actividad ya estaba consolidada⁶, demostraremos la dificultad de englobar a los dueños activos en el circuito de entonces dentro de la categorización general de una clase social. Para ello, trazaremos un recorrido a partir de un acotado grupo de nombres que participaban efectivamente en la actividad de la época. Los tomaremos del *Stud Book Argentino*, registro

⁴ Ídem, p.77

⁵ Korn, Francis, “La gente distinguida”, en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (editores.), *Buenos Aires: historia de cuatro siglos*, tomo II, Buenos Aires, Altamira, 2000

⁶ Hora, Roy, *obcit.*, p.91

donde se archivan, hasta el día de hoy, todos los caballos purasangre de carrera habilitados para correr en el circuito. Luego, en otro capítulo, nos dedicaremos a analizar las falencias de la noción de clase en el análisis histórico, a fin de completar el contenido desarrollado y comprender mejor los riesgos de utilizar tipologías sociales estrechas para describir a los dueños de los ejemplares que corrían en el Hipódromo Nacional.

Estado de la cuestión

La perspectiva con que trabajaremos nuestro tema admite dos tipos de referencias bibliográficas: por un lado, (a), aquellas que estudiaron específicamente el turf argentino durante nuestros años de interés; y por otro, (b), aquellas que trabajaron el uso de la noción de clase en el análisis histórico.

(a)

Hasta hace muy poco no existían trabajos académicos dedicados estrictamente al análisis del turf argentino. Antes de que saliera a la luz el nuevo trabajo de Roy Hora, la historiografía atenta a las transformaciones de la ciudad de Buenos Aires hacia inicios del siglo XX mencionaba de manera más o menos superficial la relevancia del turf para la época. En su mayoría, realizando un *racconto* meramente descriptivo de las carreras como ejemplo de espectáculo porteño, o en otros casos, poniendo énfasis en el costado supuestamente elitista de este deporte.

Dado el enorme avance que significó la publicación del citado libro para el tema que nos ocupa, nos centraremos primero en los trabajos que, previamente a su aparición, hayan tocado de manera directa cuestiones lindantes con nuestro objeto de estudio. Lo haremos con un marcado recorte hacia los estudios de inquietud sociocultural, centrados en la ciudad porteña entre las décadas de 1910 y 1920. Luego nos ocuparemos específicamente de *Historia del turf argentino*, resaltando la perspectiva historiográfica del autor y sus principales conclusiones.

En *Los huéspedes del 20*⁷, Francis Korn, con una pluma más bien literaria que por momentos parece salirse del rigor académico, presentó una acabada imagen sobre el Buenos Aires de 1920. Realizando un recorrido a través de los aspectos más salientes de la ciudad porteña del momento, rescató los efectos socioculturales del inmenso crecimiento demográfico desatado por el aluvión inmigratorio de cambio de siglo, entre los que se

⁷ Korn, Francis, *Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974

destacan el cosmopolitismo y la cultura de mezcla. Su interés cultural la llevó a tocar las carreras de caballo, en el retrato más completo que encontraremos hasta el trabajo de Hora, ya que, además de mostrar el costado más lujoso del Hipódromo de Palermo, subraya la gran convocatoria y la amplia estructura de personas montada en torno a la actividad turfística.

Korn retomó estas inquietudes en sus otras obras sobre la ciudad de Buenos Aires, de las que rescataremos *Buenos Aires antes del Centenario*⁸, escrito junto a Silvia Sigal. Allí se presenta al turf en términos parecidos al libro arriba analizado, aunque cabe resaltar en este caso la descripción que hace sobre las sensaciones despertadas en la opinión pública durante un premio Carlos Pellegrini de 1908.

En “La gente distinguida”, trabajo que citamos en la introducción, la autora en cuestión estudió los orígenes del Jockey Club con el fin de deconstruir el carácter elitista que tradicionalmente se le achacó a dicha institución. Desde una perspectiva en línea con sus estudios sobre los peligros de las categorizaciones sociales (que mencionaremos en la segunda parte de este recorrido y que analizaremos en profundidad en uno de los capítulos del trabajo), Korn presentó un escenario con más matices y menos exclusivo, donde el derecho a ser parte de los 100 fundadores de la institución en cuestión respondía ante todo a la participación en la cría equina y no al status económico. Este escenario, más complejo que el que ofrece la mirada tradicional, se ve corroborado por las historias particulares de los socios fundadores que la autora menciona y por su heterogénea zona de residencia. Aunque el artículo trata específicamente sobre el Jockey Club, la relación intrínseca de dicha institución y el turf porteño nos lleva a incluirlo en esta sección del estado de la cuestión. De hecho, vale rescatar particularmente el carácter desligado de un círculo estrecho que Korn encuentra en el grupo de los propietarios de caballos de carreras. Si algo los definía mayoritariamente, sostiene, era su ascendencia anglosajona y no un gran poderío económico. Es esta perspectiva abierta aquí la que nos lleva a sostener la necesidad de indagar de manera más profunda sobre la naturaleza del conjunto de propietarios durante nuestro período de interés, y la consecuente posibilidad de matizar, desde la óptica propuesta en la introducción, su acepción más convencional.

⁸ Korn, Francis y Sigal, Silvia, *Buenos Aires antes del Centenario: 1904-1909*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010

A partir de un análisis de círculos familiares y distintas formas de sociabilidad, Leandro Losada retomó esta línea desmitificadora de los sectores de mayor renombre en la sociedad argentina de inicios del siglo XX. En un renovador estudio publicado en 2008⁹, Losada también encontró un colectivo heterogéneo, con diferencias económicas a veces muy importantes. Este trabajo también merece incluirse aquí ya que, por la naturaleza misma de su hipótesis, el autor hace una alusión directa al turf porteño. Losada sostiene que, ante el proceso de democratización y difusión igualitarista de modos de consumo y costumbres, la forma de vida ostentosa era uno de los pocos mecanismos de distinción social viables para lo que él llama la “alta sociedad”. Es por esta perspectiva que el autor destaca al turf como ejemplo de pasatiempo costoso, propio del *gentleman* inglés, que está dispuesto a gastar exorbitantes sumas por un pura sangre; mirada que para nosotros rescata un carácter ante todo excepcional del mundo de las carreras.

En *Sociabilidad en Buenos Aires*¹⁰, Sandra Gayol encaró un estudio con una óptica similar, aunque con una atención desplazada hacia sectores menos pudientes. Su análisis de formas de sociabilidad urbana masculina a partir de un innovador uso de fuentes judiciales y policiales la lleva a señalar únicamente, en lo que concierne a nuestro tema, la preocupación más amplia de la esfera gobernante por los juegos de apuestas y sus políticas regularizadoras.

“La vida cotidiana” de Dora Barrancos es el único capítulo que rescataremos, debido a su relevancia para el presente trabajo, de la colección *Nueva Historia Argentina*¹¹, recopilación de avances historiográficos recientes en la historia argentina. En su trabajo la autora presenta un estudio sobre las modificaciones sufridas durante el cambio de siglo en las esferas pública y privada de la sociedad argentina. Dentro de este análisis de formas modernas de sociabilidad, Barrancos incluye la aparente conjunción entre un carácter a la vez elitista y popular del turf.

⁹ Losada, Leandro, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque: sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008

¹⁰ Gayol, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés :1862-1910*, Buenos Aires, del Signo, 2000

¹¹ Barrancos, Dora, “La vida cotidiana”, en Lobato, Mirta (direct.), tomo V, Suriano, Juan (coord.), *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000

Por otra parte, Andrés Carretero, en su análisis sobre la vida cotidiana en Buenos Aires¹², ofreció una lectura sobre la sociedad porteña con una lupa similar a la de Barrancos. Trabajando nuestros años de interés, el autor presentó un estudio que, pese a ser abarcativo, pasa a ser un mero *racconto* descriptivo de las peculiaridades socioculturales del período, razón por la que, al hablar del turf, se limita a señalar únicamente sus características generales.

Aunque en *Regueros de tinta*¹³ Sylvia Saítta se interesó por la renovación del campo de la prensa escrita que impulsó el diario *Crítica* en la década del 20, su particular perspectiva la llevó a incluir aspectos valiosos para nuestro tema. Analizando los cambios en prácticas y estrategias discursivas que concitaron una relación más íntima entre periodista y lector, la autora toma a las columnas *burreras* del diario como ejemplo del estilo coloquial y de apelación directa al receptor que dieron origen a la enorme popularidad del vespertino. Así, Saítta no sólo esclareció aspectos sobre la popularidad del turf en el período, sino que además presentó una sugestiva línea de investigación que luego Roy Hora retomó atinadamente.

La publicación de *Historia del turf argentino* produjo una profunda renovación en el estado de la cuestión del objeto de estudio. Mientras que las partes que rescatamos de los trabajos arriba citados correspondían en su mayoría a pequeños pasajes dentro de obras con una inquietud más amplia, en este caso se trata de un libro dedicado estrictamente al tema. Vale aclarar que existen otras historias del turf, pero por el carácter aficionado de sus redactores la perspectiva de dichas obras no ofrece aspectos valiosos para este resumen historiográfico. Por otro lado, como mencionamos al comienzo, el foco aquí está puesto únicamente en los estudios académicos.

En su libro, publicado en octubre del 2014, Hora presenta una profunda investigación sobre el carácter social de la actividad turfística, desde sus albores a fines del siglo XIX, hasta su declive hacia la segunda mitad del siglo XX. Apoyándose en numerosas cifras que revelan un profundo trabajo de fuentes, y siguiendo una linealidad cronológica, el autor logró un perspicaz retrato sobre la evolución de este deporte y su recepción en la sociedad argentina. En lo que atañe especialmente a nuestro período, Hora recurre a

¹² Carretero, Andrés, *Vida cotidiana en Buenos Aires*, vol. II, Buenos Aires, Ariel, 2013

¹³ Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta: el diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998

imágenes cuantitativas y artículos periodísticos para ofrecernos la descripción más acabada sobre la popularidad de las carreras en ese entonces. Desde una apreciación general, podemos decir que este libro supuso un gran paso adelante en el estudio de nuestro tema y que la amplitud de su contenido abrió futuras líneas de análisis (por ejemplo en el análisis de la emergencia del ídolo deportivo). Incluso, la simultaneidad cronológica de su aparición y la producción de este trabajo nos permitió afrontar con mayores conocimientos un campo de estudio hasta entonces casi inexplorado. Ponemos el mayor valor de *Historia del turf argentino* en los esfuerzos de investigación del autor y su inclusión de importantes datos provechosos para el presente estudio, que serán retomados a lo largo del desarrollo.

Podemos trazar, sin embargo, una continuidad entre la perspectiva de Hora y la mirada tradicional sobre el turf porteño de inicios del siglo XX que intentamos discutir. El historiador retoma la idea de la mayoría de los trabajos arriba citados, aunque dándole mayor profundidad, ya que sostiene que la actividad hípica estuvo dominada en sus años de esplendor por una elite cerrada y homogénea. Recurriendo a epítetos como “la plutocracia de la pista”, afirma categóricamente que los purasangre que competían en el circuito porteño eran de exclusiva propiedad de un grupo reducido de personas (encarnado en el Jockey Club), que podían darse el lujo de desembolsar insólitas sumas de dinero no sólo por su pasión hípica sino también como símbolo de distinción social. A esta visión clásica Hora le agrega una lectura en códigos de clase de la estructura de personas que componen la actividad. La imagen que se le ofrece al lector es que durante, nuestro arco de años, los propietarios pertenecían a la clase alta terrateniente, y que los demás (jockeys, cuidadores, etc.), a la clase baja. Desde esta mirada, a lo largo de toda la obra, sitúa al objeto de estudio en un marco que sigue su historia atendiendo a las “cambiantes relaciones de clase”¹⁴.

Tanto la acotada lista de trabajos a la que hicimos referencia, como la generalización que se deriva de la mirada arriba mencionada, nos impulsa a profundizar en este trabajo sobre la condición social del conjunto de propietarios que participaban en el circuito turfístico durante el arco temporal especificado.

¹⁴ Hora, Roy, *obcit.*, p.33

(b)

Aunque dedicaremos un capítulo específico a analizar los alcances de la noción de clase en el análisis histórico, no podemos dejar de mencionar aquí los estudios que retomaremos en ese apartado, ya que, por la perspectiva con que abordaremos este trabajo, también forman parte de su estado de la cuestión. Dado el cuantioso espectro de debates sobre el tema y el acotado espacio de nuestro ensayo, rescataremos los análisis en línea con la naturaleza de nuestra hipótesis; específicamente aquellos de Peter Calvert¹⁵, Francis Korn¹⁶ y P.N. Furbank¹⁷.

¹⁵ Calvert, Peter, *The concept of class: an historical introduction*, New York, St. Martin's Press, 1982

¹⁶ Korn, Francis, *Clases sociales o la pereza de contra hasta catorce: cuatro ensayos*, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, Documento de trabajo n°99, mayo 1988 (reunión de cuatro ensayos publicados entre 1978 y 1988); y, *Errores eruditos: tres ensayos*, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, Documento de trabajo n°114, abril 1991

¹⁷ Furbank, P.N., *Unholy pleasures or the idea of social class*, Oxford, Oxford University Press, 1985

Los propietarios de los caballos

Capítulo primero

La fuente más directa para ver quiénes eran los dueños de los caballos que competían en el Hipódromo Nacional durante las primeras décadas del siglo XX es el *Stud Book Argentino*. Allí, desde inicios de la década de 1890 y hasta nuestros días¹⁸, se archivan rigurosamente, bajo la administración del Jockey Club, todos los caballos purasangre de carrera del país (nacidos o no en la Argentina). Entre las varias especificaciones, como fecha de nacimiento y lugar de procedencia, cada ejemplar, que al ser inscripto en el registro se encuentra habilitado para participar en el circuito, está acompañado por el nombre de su propietario.

El tomo VI del *Stud Book*, localizado en la Biblioteca del Jockey Club, es el correspondiente para los años alrededor del Centenario, ya que cubre el período que va entre agosto de 1908 y julio de 1911¹⁹. Con una primera ojeada se evidencia la presencia repetida de propietarios de renombre. Sobresalen apellidos característicos de la explotación rural, con más de una generación de asentamiento en el país, como Unzué, Luro o Martínez de Hoz. También encontramos figuras propias de la cúpula política de la época; tal es el caso de Benito Villanueva²⁰. Está claro que este tipo de propietarios tuvieron una participación más que activa en el circuito turfístico del período. También, probablemente, fueron quienes más recursos destinaron a su afición. Así lo rescata Roy Hora en su libro, cuando destaca las desmesuradas sumas de dinero que desembolsaron por sus ejemplares Ignacio Correas y Carlos Luro, entre otros²¹. Sin embargo, la mirada con una lupa

¹⁸ Hora, Roy, *obcit.*, p.66

¹⁹ Biblioteca del Jockey Club, *Stud Book Argentino: registro de caballos y yeguas sangre pura de carrera (importados y nacidos en la República)*, tomo VI, agosto 1908-julio 1911

²⁰ Importante político y ganadero del cambio de siglo, miembro del Partido Autonomista Nacional.

²¹ Hora, Roy, *obcit.*, p.77

exclusiva en estos aspectos acaba por restringir todo análisis a un limitado espectro de propietarios.

De hecho, una lectura más atenta del VI tomo del *Stud Book* muestra que de ningún modo la lista de dueños terminaba con apellidos que denotaran riqueza y figuración social. Por el contrario, un aspecto saliente en esa revisión es la variedad en los nombres que acompañan a cada purasangre. Los propietarios que podían reclamar su lugar en el turf de la época eran muchos más de los que en un principio podríamos imaginar. Para darnos una imagen cuantitativa debemos señalar que hacia el período del Centenario la cantidad de ejemplares inscriptos en el circuito pasaba los 1600²². Detrás de semejante cifra se escondía un mundo heterogéneo de propietarios, tanto por su disparidad social como por los distintos niveles de participación en su interior. Para demostrarlo, a continuación nos concentraremos en una lista específica de nombres que rescatamos de nuestra fuente principal.

²² Ídem, p.121

¿Una elite?

El general Antonio Giménez nació en 1865 y realizó una prolífica carrera militar, participando de joven en la Campaña al Desierto y luego como coronel en la fundación de Campo de Mayo²³. Aficionado al turf, contaba con una pequeña estancia en General Rodríguez que pasaría a llamarse Haras 11 de abril. Para la época que nos ocupa, tenía cuatro yeguas madres purasangre nacidas en la Argentina y una nacida en Inglaterra, importada en 1909. Evidentemente logró crecer en la actividad, ya que en 1917 exponía en la casa de remates Bullrich dieciséis ejemplares para la venta. Residía por fuera de las zonas más caras de la ciudad, hacia el oeste, en el barrio de Balvanera²⁴. Podríamos calificarlo como un propietario mediano que, aunque claramente no compartía cualidades esenciales con la supuesta elite criolla (apellido de renombre y un prolífico pasar económico), sí era una figura de cierta importancia pública (el año de su muerte, en 1939, el diario *La Nación* le dedicó un obituario).

Felipe Lanfranco era un propietario con un nivel de participación similar. También contaba con una cantidad no menor de caballos: dos yeguas madres purasangre nacidas en el país, un macho importado de Uruguay en 1910, y dos yeguas importadas de Estados Unidos, ambas en 1910. A diferencia de Giménez, Lanfranco tenía más ejemplares traídos del exterior, lo cual podría significar que el primero era más activo en la cría local (esto puede explicarse por el haras que contaba en su haber). A primera vista se hace difícil saber si alguno de los dos tenía una mejor posición económica respecto del otro en la época en que competían como propietarios en el circuito. Pero podemos saber, sin embargo, algo más sobre Felipe Lanfranco unos diez años antes de que lo encontremos en el *Stud Book*. Miembro de una familia inmigrante italiana (ya puede inferirse por el apellido), en el censo

²³ La información sobre Antonio Giménez la debemos a Antonio Tassitch y al siguiente sitio que guarda archivos militares sobre su vida: “Campo de Mayo-General Giménez”, consultado el 17 de marzo del 2015, <https://www.facebook.com/pages/Campo-de-Mayo-General-Gim%C3%A9nez/112028415534446?fref=ts>

²⁴ Jockey Club, *Nómina de socios*, año 1914

de 1895 figura como un panadero alfabeto de veintiséis años²⁵. Su padre era dentista, nacido en Italia, y tenía ocho hermanos, uno de los cuales era jornalero. Residían en el barrio porteño de Constitución.

Juan Gambarruta parece haberse criado en un entorno social similar. También miembro de una familia arribada de Italia, en este caso tanto él como el resto de su familia nacieron allí. Su padre era molinero y su madre cocinera. Para el año del censo, cuando Gambarruta tenía sólo diez años, residían, como el general Giménez, en Balvanera. Sin embargo, comparado con Felipe Lanfranco, tuvo una participación mucho menor en el mundo del turf: sólo lo encontramos junto a un macho importado de Uruguay en 1908.

Al poner la lupa en el origen social de Lanfranco y Gambarruta se matiza la idea de que había que pertenecer a una familia acomodada o tradicional para ingresar al círculo de propietarios. Más bien, y como sería de esperar para una actividad popular de la época, allí había, y siguió habiendo, un mundo heterogéneo de personas escasamente definido por algún tipo de filiación social previa. El hecho de que más de una década después del censo los dos actuaron como propietarios en el circuito de las carreras, no sólo matiza la aparente exclusividad de esta actividad, sino que muestra cómo dos personas con orígenes sociales muy parecidos podían participar en ella en la medida en que les fuera posible. Estos casos, especialmente, ponen de relieve un componente típico de entonces: la inmigración, a la que veremos surgir con frecuencia a lo largo de la historia del turf. Una recorrida por las páginas del registro del *Stud Book* muestra con cierta claridad que el grupo de los dueños de caballos purasangre está constituido, desde el principio, por más personas de apellidos no tradicionales que aquellas pertenecientes a la considerada *elite*²⁶.

Por otro lado, como ya dejamos entrever, no eran raros los casos de propietarios que tenían uno o muy pocos caballos en su haber. El carnicero español Emilio Jori, que para el año del censo vivía en el barrio de Monserrat, contaba, al igual que Gambarruta, con un sólopreciado ejemplar. También español y vecino en ese entonces de Monserrat era el fidelero Alfredo Baños. Hacia la época que nos interesa llegó a tener una yegua madre

²⁵ Tanto en este caso como en el resto de los propietarios rescatados, la información fue sacada de las planillas originales del censo nacional de 1895. No repetiremos la referencia en los siguientes casos a fin de no interrumpir la lectura. Nuestra fuente está presente al día de la fecha en el siguiente enlace: “Argentina, National Census, 1895”, <https://familysearch.org/search/collection/1410078>

²⁶ Este recuento excede las posibilidades actuales en la confección de este ensayo. Pero surge del recorrido de los nombres de algunas páginas de ese registro que la definición social del conjunto de los propietarios de caballos purasangre es particularmente heterogénea en origen social y situación económica.

purasangre nacida en la Argentina y dos machos puros por cruzamiento. Aunque claramente estos eran propietarios menores, no por ello podemos desconsiderarlos, ya que seguían formando parte del mundo del turf porteño.

Es difícil aventurar si la poca presencia de estos últimos se debía a una restricción económica o a un discreto interés en la actividad. En el censo de 1895, con sólo veinticinco años, Egas d'Alkaine figuraba como hacendado. Residía junto a su padre y su hermano, ambos corredores, en el barrio de San Nicolás, con portero y mucamo. Hacia el Centenario, d'Alkaine vivía en el costoso barrio del Socorro²⁷ y muy probablemente tenía mayores posibilidades de adquirir caballos de carrera que Alfredo Baños. Sin embargo, en el VI tomo del *Stud Book* sólo lo vemos junto a Miss Jeeba, una yegua madre purasangre importada de Inglaterra en 1910.

La reciente comparación nos muestra que las oportunidades económicas no definían necesariamente el nivel de participación de los propietarios. Más aún, pone al descubierto los riesgos de tener una mirada esquemática a la hora de estudiar una actividad deportiva como el turf. Las razones por las que distintas personas se acercaban al mundo de las carreras podían ser diversas, y el caso de los propietarios menores, especialmente, nos recuerda la preponderancia del interés personal por sobre todas ellas.

²⁷ Jockey Club, *Nómina de socios*, año 1914

Los turfmen

Una rama del conjunto inmigrante que tuvo una participación especial en el turf local fue la de ascendencia anglosajona. Así ha sido tradicionalmente rescatado, principalmente por su importancia en el desarrollo inicial de la actividad. No debe extrañarnos, entonces, que al revisar el VI tomo del *Stud Book* sean los apellidos de origen inglés aquellos con mayor presencia dentro del grupo de nombres extranjeros.

Este subconjunto, en su interior, presenta muchos matices. Por un lado, sobresalen aquellos que figuran con la misma frecuencia que grandes propietarios del período como Benito Villanueva. Entre estos rescatamos a Juan Moore, a Juan Malcolm y a Guillermo Kelsey. Los tres surgen repetidamente a lo largo de todo el registro y tenían claramente un papel sobresaliente entre sus pares. Ninguno de ellos nos remite en primera instancia a apellidos de renombre para la época, mucho menos a familias tradicionales. Sin embargo tenían un nivel de participación muy parecido al de los miembros del clan Luro o Unzúe. Esto nos muestra que es desatinado incluso reducir el caso de los grandes propietarios del período a la esfera de una “plutocracia de la pista”²⁸. A su vez, contrariamente a lo señalado²⁹, la presencia anglosajona persistió notablemente más allá de los albores del turf, y la aparición de familias criollas hacia el cambio de siglo no implicó necesariamente su desplazamiento a un segundo plano.

No todos los miembros de este grupo tenían la misma cantidad de caballos que los recién citados. Alejandro Bird, por ejemplo, era un propietario mediano, con una presencia similar a la de Lanfranco y Giménez. Contaba con cinco yeguas madre purasangre nacidas en el país y un macho puro por cruzamiento. Siguiendo en la escala hacia abajo, aparecen de nuevo los dueños de un sólo caballo. Gilberto O’Grady era uno de ellos. Con quince años, en el censo de 1895, residía con su familia en Palermo y ejercía la misma profesión

²⁸ Hora, Roy, *obcit.*, p.20

²⁹ Ídem, p.50

que su padre: el periodismo. También propietario de un único ejemplar era Wynham Gray, quién importó a su macho, Royal Navity, de Inglaterra en 1908.

El caso recién citado nos permite suponer que, entre los propietarios de origen extranjero, existía una relación directa con su lugar de origen y la procedencia de sus purasangre. Aunque en principio no está dentro del subconjunto anglosajón, vale hacer mención también a un propietario que figura como R. Bahlcke y que importó en 1910 un macho proveniente de Hungría. Además de recordarnos la diáspora de apellidos que se congregaba en nuestra fuente principal, estos casos nos muestran que había distintas formas de insertarse como propietario en el ámbito turfístico del período. De hecho, la misma organización de los registros del *Stud Book* según el tipo de ejemplar (si era nacido en la Argentina, importado, puro por cruzamiento, etc.), lo confirma.

Los socios del Jockey

La influencia inglesa en la fundación de un club argentino idéntico al encargado en organizar el turf británico es evidente desde un principio. Como mostró Francis Korn, más allá de que podía actuar como un reducto de prestigio social, el eje central del Jockey Club eran las carreras de caballo³⁰. En sintonía con nuestra argumentación, el análisis de la autora pone énfasis en el origen social heterogéneo de los fundadores de la institución, remarcando la fuerte presencia extranjera. Allí destaca la primacía inglesa, que se debe, como ya señalamos, a su accionar pionero en la actividad hípica argentina.

Aunque implica una pequeña digresión en nuestro arco temporal, por su importancia para el turf argentino y por la naturaleza de nuestra hipótesis, reparáremos un momento en la figura de Carlos Pellegrini. Aficionado a las carreras, además de haber sido un político clave del cambio de siglo, fue el motor principal en la fundación del Jockey Club. Una lectura atenta de la biografía realizada por Ezequiel Gallo matiza la posibilidad de inscribir a Pellegrini (hijo de un ingeniero saboyano e inglés por ascendencia materna, sin riqueza por ninguno de los dos lados), dentro del presunto círculo de elite criolla que se congregaba en la sede de la calle Florida³¹.

Si vacilamos en rotular como tal a la cabeza fundadora, no deberíamos esperar lo contrario para los miembros subsiguientes. De hecho, hacia las primeras décadas del 1900, la distribución de los socios del Jockey cubría en toda su extensión las numerosas circunscripciones electorales de la ciudad de Buenos Aires³².

De los nombres mencionados hasta el momento muy pocos eran socios; sólo Juan Malcolm, Antonio Giménez y Egas d'Alkaine³³. Comparativamente, tenían una presencia dispar en la escena local del turf, ya que los tres cubrían una escala de participación que iba

³⁰ Korn, Francis, "La gente distinguida", *obcit.*, p.50

³¹ Gallo, Ezequiel, *Carlos Pellegrini: orden y reforma*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997

³² Korn, Francis, *obcit.*, p.53

³³ Jockey Club, *Nómina de socios*, año 1914

de la más alta a la más baja respectivamente. Esta diferenciación también decía presente en su distribución regional. Malcolm residía en Palermo mientras que, como ya mencionamos, Giménez vivía en Balvanera y d'Alkaine en el barrio del Socorro³⁴. Incluso podríamos encontrar otra disimilitud trazando sus orígenes familiares. Sabemos que Giménez era de descendencia criolla, Malcolm muy probablemente anglosajona, y d'Alkaine era, según el censo, hijo de un brasilero (con apellido de resonancia en principio francesa). Sólo dos características podemos afirmar que compartían con seguridad estas personas: tenían algún interés en las carreras de caballo y eran socios del Jockey.

Como dejamos entrever, el pertenecer a dicha institución no decía de antemano mucho sobre la relación del socio con el turf. De hecho, varios de los socios fundadores, como Aristóbulo del Valle, no tenían nada que ver con la actividad hípica³⁵. Ya hemos visto que entre los miembros de la asociación podían existir niveles de participación muy distintos. Por otro lado, si recordamos por ejemplo a Felipe Lanfranco, vemos como una persona que estaba por fuera del Jockey tenía mayor presencia en el mundo del turf que otra que estaba por dentro (caso de d'Alkaine). Esto se explica por el hecho de que los propietarios de poca presencia no quedaban necesariamente relegados de la nómina de socios del Jockey. Ramón Rivero estaba en ella y también tenía un solo ejemplar³⁶. Juan Moore y Guillermo Kelsey, por citar algunos de nuestros nombres, no pertenecían a la institución y sin embargo tenían muchos más caballos que varios de sus afiliados.

Como vemos, es riesgoso caer en generalizaciones sobre los propietarios a partir de su condición de socios del Jockey Club. Primeramente porque, como mostró Francis Korn y confirmamos aquí, sus miembros no comprendían un espectro económico y social homogéneo. A su vez, por lo que queda demostrado con nuestros ejemplos, el ser socio del Jockey no era una definición *ex ante* del papel que se iba a jugar entre el grupo de los propietarios.

³⁴ Ídem

³⁵ Korn, Francis, *obcit.*, p.51

³⁶ Jockey Club, *Nómina de socios*, año 1914

Los que primero cruzaron el disco

Hasta el momento no nos referimos al vínculo de los dueños y sus caballos con el encanto esencial de este deporte: la carrera. Cualquiera que esté familiarizado con la actividad reconocerá la preeminencia del azar por sobre todos los demás aspectos. Aunque se pierde un poco el foco específico en los propietarios, repararemos sobre este aspecto porque es justamente en esa imprevisibilidad de la competencia (factor constitutivo del turf), donde se pone de relieve con mayor fuerza el hecho de que nadie pudo reclamar a la pista como propia. Por más dinero y dedicación que hayan invertido los propietarios más ricos de nuestro período, nunca podían tener la seguridad total de que eran sus ejemplares los que iban a salir victoriosos.

Revisando la lista de los studs que se quedaron con los premios más importantes en la época del Centenario es difícil encontrar alguno que sobresalga por encima de los demás³⁷. Efectivamente existían caballerizas famosas como el Haras Chapadmalal de la familia Martínez de Hoz, pero lo concreto es que en Palermo sus caballos debían competir contra otros. Durante las primeras décadas del siglo XX no hubo (tampoco después), un stud que lograra cierto predominio en los cinco mayores eventos del calendario turfístico: la Polla de Potrancas, la Polla de Potrillos, el Gran Premio Jockey Club, el Gran Premio Nacional y el Gran Premio Carlos Pellegrini.

El caso de Tomás Lyon y su caballo Pillito (dos veces ganador del Pellegrini a fines de 1890), nos recuerda que había propietarios que no contaban con recursos abundantes pero que podían alzarse con importantes triunfos. Lo mismo ocurría hacia 1910. Las siguientes cuatro caballerizas lograron quedarse con grandes premios dentro de un arco de años alrededor de nuestro período de interés, pero no pertenecían a ningún propietario de

³⁷ Blousson, Eduardo, *Turf y elevage argentinos: origen, evolución, importancia*, “Capítulo III”, Buenos Aires, s.e., 1977, Biblioteca de la Asociación de Propietarios de Caballos de Carrera

renombre o acaudalado; Italia, Pandero, Las Cañas y Los Hielos³⁸. Los studs Italia y Pandero se quedaron con el Premio Jockey Club en 1901 y 1912 respectivamente. En 1913, Piscueta, una yegua del stud Las Cañas, logró el primer puesto en la Polla de Potrancas. Años antes, en 1907, Olascoaga, de la misma casa, se quedó con el prestigioso Premio Carlos Pellegrini. También alcanzó el máximo lauro del turf latinoamericano Pelayo, caballo del stud Los Hielos, en 1909. Ninguna de estas caballerizas quedó más tarde en la posteridad. Aunque sus nombres son hoy desconocidos, eso no quita que en su momento hayan logrado los triunfos más importantes del circuito, reafirmando a esta mirada retrospectiva que nadie tenía el control de lo que sucedía en la pista. El haber reparado en la reciente información, además de enseñarnos que no siempre los propietarios de mayor pompa eran los ganadores, invalida desestimar a los nombres que rescatamos como insignificantes.

Vale recordar, sin embargo, que no sólo importaban los primeros. Hacia las primeras décadas del siglo XX, cuando el voluminoso calendario hípico porteño ya estaba asentado, con 70 jornadas de carreras por año³⁹, se necesitaba evidentemente de una importante cantidad de caballos para que la actividad funcione. Después de todo, los vencedores precisaban contrincantes a quiénes vencer. Uno de los tantos vencidos fue nuestro general Giménez, cuya yegua Regia luchó en la Polla de Potrancas de 1907 para llegar finalmente tercera, detrás de Sibila y Rancagua⁴⁰.

³⁸ Debemos esta información a Antonio Tassitch.

³⁹ Hora, Roy, *obcit.*, p.74

⁴⁰ Blousson, Eduardo, *obcit.*, “Cápítulo III”

El concepto de clase social

Capítulo segundo

La noción de clase social ha sido largamente utilizada en las distintas disciplinas de las ciencias sociales, incluida la historia. Desde que se asentó con el sentido que hoy se le da, hacia mediados del siglo XIX, encontró un terreno muy fértil en el ámbito académico sensible al estudio de los grupos humanos. Llegando a nuestros días, se sigue recurriendo a la idea de clase social para describir y explicar el comportamiento de determinada sociedad, tanto en el presente como en su pasado histórico.

Hace ya varios años, sin embargo, se pusieron en discusión los alcances de la teoría de clases en el análisis social. El aparente consenso sobre su legitimidad y utilidad se resquebrajó, aunque no de manera total. Como señalamos en el estado de la cuestión, nos centraremos aquí en las miradas críticas que expusieron las limitaciones de dicho concepto, ya que son las que se encuentran en sintonía con la perspectiva de este trabajo. Específicamente, repararemos en los trabajos arriba citados de Francis Korn y P.N. Furbank sobre el tema. También debemos referirnos al mencionado libro de Peter Calvert. Allí se trazó una puntualización central que sitúa de manera precisa el contenido de este capítulo: no se trata de retomar la explicación de los fenómenos sociales e históricos a partir del concepto de clase, sino de analizar el uso del concepto en sí. Como veremos, los autores en cuestión, exponiendo los equívocos de la noción de clase social, lograron una abarcadora puesta en escena de sus falencias cognitivas.

Korn y Furbank presentaron sus estudios de manera casi simultánea, en los albores de la década de 1980, diferenciándose de una corriente por entonces muy generalizada. Su mayor crítica al concepto de clase social coincide en señalar que se trata ante todo de un esquema, que no parte de una observación empírica, sino que de una construcción mental previa. A la hora de darle contenido a ese abstracto, sostienen ambos autores, salen a la luz las numerosas incongruencias que se esconden por detrás. La teoría de clases, que comúnmente divide a las sociedades modernas en clase alta, media y baja, pertenece, en palabras de Furbank, a un sistema ilusorio muy satisfactorio pero que sometido a verificación pierde todo su sentido. Su aparente exhaustividad contiene según el escritor una imagen evanescente que no resiste al menor análisis.

Para los autores esta pretensión totalizadora dice mucho sobre la extensa divulgación del concepto de clase, no sólo en el circuito universitario sino también en el habla cotidiana. Korn y Furbank coinciden en señalar que uno de los mayores atractivos de la teoría de clases radica en la capacidad que le da quién la emplea para explicar cualquier problema o comportamiento de la sociedad. Poniendo la lupa sobre trabajos históricos que recurren a esquemas explicativos similares, Furbank cita por ejemplo la soltura con que Georges Duby recurre al principio de los tres ordenes medievales en su obra. Dentro del ámbito universitario, señala, la idea de clase se trabaja desde una perspectiva supuestamente científica que en casi todos los casos la encara como algo natural de la historia, sobre la que no debe discutirse sino teorizarse. Así, en su diligencia por brindar conclusiones rápidas, la clase se convierte en “demiurgo de reacciones homogéneas, creadora de parejas conciencias, escultora de ideologías concurrentes”⁴¹.

Sin embargo, y quizá allí radica su problema principal, el concepto de clase social se caracterizó largamente por las discrepancias en torno de su definición, falencia que los autores aquí citados subrayaron por igual. Detrás de las innumerables páginas que se adscriben dentro de la perspectiva de clases, no se encuentra, ni siquiera en Marx, una definición completa y convincente del concepto. Como señala Francis Korn, esta ambigüedad supone una enorme contradicción con la existencia aparentemente infalible de las clases sociales. Tanto el tradicional sistema tripartito (clase alta, media y baja), como la

⁴¹ Korn, Francis, *Clases sociales o la pereza de contra hasta catorce: cuatro ensayos*, obcit., p.8

ortodoxia binaria marxista (proletariado y burguesía), fueron incontables veces retocados con el fin de que se adecuen a las hipótesis del teorizador.

La distinta procedencia disciplinaria de los dos autores en cuestión nos ofrece una perspectiva crítica amplia. Furbank, desde una inquietud más propia del análisis literario, analiza a la clase ante todo como un recurso retórico, generalmente utilizado de manera despectiva. Así, el empleo de epítetos como “típico de clase media”, corresponde a una forma de conducta social competitiva. Furbank sostiene que el concepto de clase es principalmente exclusivo y negativo; características implícitas en una división entre clases superiores e inferiores. Llevándolo a nuestro campo de estudio, el autor señala que el uso de connotaciones de clase en los historiadores termina atentando contra su neutralidad frente al objeto de análisis. Francis Korn, por su lado, más cercana al campo de la antropología y de la sociología, se ocupó de los errores más específicos sobre los cuales se apoyan quiénes trabajan con una perspectiva de clase. Por ejemplo, apuntó a las falacias metodológicas que se esconden detrás de las mediciones de status socioeconómico, supuesta evidencia que esgrimen los teorizadores de la clase. El paralelismo que éstos vean entre sus índices y determinado comportamiento humano los lleva a presentar prontas conclusiones, en una fatídica confusión entre correlación y causalidad⁴². Llegando al corazón del asunto, mostró cómo la noción de clase, que siendo social contiene todo lo relacionado con el hombre, incluidas las contradicciones, justifica de antemano cualquier anomalía que pueda encontrar en su esquema el cientista social. Esto explica las incontables reescrituras y su arraigada persistencia en el ámbito académico. Korn argumenta con firmeza que, al no estar el sistema de clases legalizado en las sociedades modernas, no puede existir como tal una entidad social sólo reconocida en la mente de algunos, y que por ende, debe descartarse el uso de esta tipología en el estudio del comportamiento humano y su entorno.

Resumiendo, podríamos sostener que lo que estos dos autores proponen en el fondo es un rechazo a las categorizaciones sencillas en el análisis social. Esto los lleva a atacar, de manera separada, el uso de otras tipologías similares a la noción de clases, que guardan problemas del mismo tenor: la “elite”, la jerarquía social, la clase dirigente. En

⁴² La autora señala atinadamente que la causalidad siempre supone correlación pero que lo inverso no es cierto.

contraposición, Furbank y Korn proponen una mirada reacia a las universalizaciones, que llame a las cosas por su nombre y se abstenga de trazar causalidades simplistas; “es más fácil imponer una clasificación clara y errónea que tratar de aceptar que la realidad es compleja”⁴³.

Las luces que arrojamos sobre el conjunto de propietarios que participaban en el circuito turfístico a comienzos siglo XX pueden ser inscriptas dentro de la perspectiva recién resumida. Como quedó demostrado en el capítulo anterior, las generalizaciones típicas sobre su condición social no coinciden con la evidencia histórica. El seguimiento que hicimos de los nombres inscriptos en el Stud Book nos muestra que es imposible cifrar a los dueños de caballos de carrera del Centenario bajo categorizaciones tales como *la elite criolla* o *la clase terrateniente*. Esta inviabilidad apoya la crítica que hicieron los autores citados del concepto de clase social y su énfasis en considerar las innumerables variables que se esconden detrás de las relaciones humanas.

⁴³ Korn, Francis, *obcit.*, p.66

Conclusión

Si se quiere caracterizar socialmente al deporte que mayor atracción generaba en la sociedad argentina de comienzos del siglo XX primero debe especificarse a qué componentes de su vasta estructura se hace referencia. Como mencionamos al comienzo, detrás del mundo de las carreras existía (y existe) un amplio espectro de sectores, esenciales para el pleno funcionamiento de la actividad. Desde los dueños de los studs más famosos, pasando por los intermediarios de ventas, jockeys, veterinarios, peones, y más, el listado es ante todo dispar. Llegando a nuestros días, un reciente artículo periodístico señala que más de 800.000 mil personas viven gracias a la industria del turf⁴⁴. Seguramente esa cifra no era la misma en nuestra época (aunque entonces las carreras eran más populares), pero no debería extrañarnos una cantidad que tuviese para el momento una importancia similar.

En este trabajo nos centramos únicamente en los dueños de los caballos que animaban las pistas porteñas durante el arco de años alrededor del Centenario. Fue a partir de esos propietarios que tradicionalmente se le apuntó al turf del período el carácter elitista que el más reciente avance historiográfico, desde una lectura en código de clases, confirmó. El común denominador detrás de dicha calificación fue el uso de entidades sociales que resultaron en una generalización de la condición social de los propietarios de caballos. En el desacierto de utilizar dichos conceptos para referirse a un conjunto mucho más heterogéneo se basó la hipótesis de nuestro trabajo. Retomando lo visto en el segundo capítulo sobre categorizaciones sociales como clase o elite, queda claro que si se pudiese

⁴⁴ Guimaraes, Julio, "Pura sangre: burreros, una raza que atraviesa todas las clases sociales", *La Nación*, 10 de abril, 2015

llegar a enumerar cuáles y cuántas características definen esos rótulos siempre imprecisos, ninguno de los propietarios que rescatamos las comparte, y probablemente muy pocos entre todo su conjunto. Los nombres que destacamos del *Stud Book* presentan un grupo que no se puede definir ni socialmente en cuanto a aspectos como nacionalidad, riqueza o antigüedad en el suelo, ni por su nivel de presencia en el circuito turfístico. A su vez, tampoco la condición de socio del Jockey Club de un propietario nos puede decir mucho de antemano sobre estos dos aspectos (condición social y presencia en la actividad), en otro corolario de nuestra investigación que esperamos pueda abrir futuras líneas de análisis.

Resumiendo, en esta monografía creemos haber demostrado que quiénes participaban como propietarios en el turf porteño hacia 1910 comprendían un amplio espectro de personas cuya principal semejanza era, básicamente, el interés por las carreras de caballo. Pensamos que descartar el uso de las tradicionales tipologías sociales le aporta al investigador que se acerca al tema una mirada menos prejuiciosa y más comprensiva del pasado histórico.

Referencias bibliográficas:

Fuentes primarias:

-Censo Nacional Argentino (planillas originales), presente al día de la fecha en el siguiente enlace: “Argentina, National Census, 1895”,

<https://familysearch.org/search/collection/1410078>

- Biblioteca del Jockey Club, *Stud Book Argentino: registro de caballos y yeguas sangre pura de carrera (importados y nacidos en la República)*, tomo VI, agosto 1908-julio 1911

- Jockey Club, *Nómina de socios*, año 1914

Libros y fuentes secundarias:

- Barrancos, Dora, “La vida cotidiana”, en Lobato, Mirta (direct.), tomo V, Suriano, Juan (coord.), *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000

- Blousson, Eduardo, *Turf y elevage argentinos: origen, evolución, importancia*, Buenos Aires, s.e., 1977, Biblioteca de la Asociación de Propietarios de Caballos de Carrera
- Calvert, Peter, *The concept of class: an historical introduction*, New York, St. Martin's Press, 1982
- Carretero, Andrés, *Vida cotidiana en Buenos Aires*, vol. II, Buenos Aires, Ariel, 2013
- Furbank, P.N., *Unholy pleasures or the idea of social class*, Oxford, Oxford University Press, 1985
- Gallo, Ezequiel, *Carlos Pellegrini: orden y reforma*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997
- Gayol, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés :1862-1910*, Buenos Aires, del Signo, 2000
- Hora, Roy, *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014
- Korn, Francis:
- “La gente distinguida”, en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (editores), *Buenos Aires: historia de cuatro siglos*, tomo II, Buenos Aires, Altamira, 2000
- Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974
- Clases sociales o la pereza de contra hasta catorce: cuatro ensayos*, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, Documento de trabajo n°99, mayo 1988 (reunión de cuatro ensayos publicados entre 1978 y 1988);

Errores eruditos: tres ensayos, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires,
Documento de trabajo n°114, abril 1991

- Korn, Francis y Sigal, Silvia, *Buenos Aires antes del Centenario: 1904-1909*,
Buenos Aires, Sudamericana, 2010

- Losada, Leandro, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la belle époque:
sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008

- Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta: el diario Crítica en la década de 1920*, Buenos
Aires, Sudamericana, 1998

Artículos periodísticos:

- Guimaraes, Julio, “Pura sangre: burreros, una raza que atraviesa todas las clases
sociales”, *La Nación*, 10 de abril, 2015

Sitios web:

-“Campo de Mayo-General Giménez”, consultado el 17 de marzo del 2015,
[https://www.facebook.com/pages/Campo-de-Mayo-General-
Gim%C3%A9nez/112028415534446?fref=ts](https://www.facebook.com/pages/Campo-de-Mayo-General-Gim%C3%A9nez/112028415534446?fref=ts)

